

más benévola de Europa, una serie de circunstancias impidieron su salvación por medio de un indulto.

Evidentemente, no ignoraba el Gobierno inglés que perdonándole la vida crecería su prestigio en los países neutrales: se lo recordaba Bernard Shaw la víspera misma de la ejecución y lo conocía por las peticiones de indulto recibidas desde los Estados Unidos, España y otros países. Por otra parte, en Inglaterra no se da el matonismo político, ese sentimiento en virtud del cual un gobernante no tiene reparos en sacrificar la vida de un hombre, por todos los medios, aun siendo ilegales, á un propio deseo de ferocidad y venganza, como hicieron con Ferrer los gobernantes de 1909, especialmente el señor Cierva. Por lo tanto, ¿cómo no ha querido el Gobierno inglés conseguir este fácil triunfo?

Probablemente, el indulto de sir Roger Casement hubiera suscitado indignación en Inglaterra. En primer término, porque un pueblo en guerra no está, como los neutrales, en adecuada aptitud para decidir en un plano moral sobre la vida de un conciudadano que se alió al enemigo para atacar á su propio país. En segundo término, porque la fatalidad quiso que en el instante mismo de tomar esa decisión en pro ó en contra del reo, Inglaterra se vió atacada, una vez más, por las aeronaves alemanas, y por aquellos días ocurrió el inicuo fusilamiento del capitán Fryatt, hechos que dieron extraordinario realce al delito de

Casement y sofocaron las voces de piedad que comenzaban á implorar por su vida.

En suma, he aquí cómo un neutral podría opinar sobre esa muerte: moralmente, es execrable, pues mirando á lo más profundo de la conciencia, nunca puede hallarse una razón suficiente para privar á ningún ser humano de su vida; jurídicamente, admitida la pena de muerte, nunca hubo caso de culpabilidad tan probada y nunca un sistema judicial ofreció al reo tantas posibilidades de defensa y tantas garantías de justicia; políticamente, desde el punto de vista de los neutrales que profesan cordial afecto á Inglaterra, la ejecución ha sido un error, porque este acto, que no modifica el juicio que de ella tienen los que la conocen y quieren á fondo, será un arma de mala fe en manos de sus enemigos; pero desde el punto de vista del pueblo inglés, que por una parte no ve en Roger Casement el Quijote que los demás han visto, y por otra, está exaltado por las crueldades de los alemanes, sus aliados, la ejecución acaso fuera una terrible fatalidad inevitable.

Como era de esperar, el cretinismo abogacil no podía menos de intentar una identificación entre la muerte de Casement y la de Ferrer. Dos palabras nada más sobre esta falacia leguleyesca. Los dos casos se diferencian, entre otras cosas, en las siguientes:

1.<sup>a</sup> Aunque se hubiera probado la culpabilidad de Ferrer, su delito no hubiera tenido paridad con el

de un hombre que se pasa al enemigo para atacar á su propio país.

2.<sup>a</sup> Pero la culpabilidad de Ferrer no se probó y la de Casement se ha probado de modo irrefutable; por lo tanto, la ejecución de un inculpable no puede tener la misma justificación que la de un culpable.

3.<sup>a</sup> A Ferrer se le fusiló contra la opinión pública española; á Casement se le ha agarrado por tácita presión de la opinión pública inglesa.

4.<sup>a</sup> A Ferrer, por un delito menor, se le juzgó ante un Tribunal militar; á Casement, ante un Tribunal civil.

Estos son los hechos. De todas suertes, ningún espíritu sensible dejará de lamentar esta tragedia cuyos personajes parecen haberse movido por fuerzas superiores á su voluntad individual, como si sobre ellos pesara un sino transcendente. Ante ella, como ante las tragedias antiguas, más que el fiero continente de un inexorable juez acusador, uno se siente inducido á tomar la actitud de agobio y melancolía que suscita lo misterioso y lo fatal.

10 de Agosto de 1916.

## EL PACIFISMO MILITANTE

En el discurso pronunciado hace unos días por Lloyd George ante sus electores en Conway, hay un pasaje que expresa exactamente el estado de ánimo de miles y miles de hombres, beligerantes y neutrales, que, al parecer, han incurrido en la vitanda contradicción de ser ahora exaltados belicosos, después de haber sido antes de la guerra exaltados pacifistas. Acusado de poner excesivo fervor en el desenvolvimiento de la guerra, él, que tanto hizo por conservar la paz, dice Lloyd George, ministro de Municiones:

«Pues bien, odio la guerra. A menudo corre por mi sistema como un estremecimiento, cuando me doy cuenta del objeto á que se destinan las terribles máquinas que ordeno fabricar. Pero se hace la guerra ó no se hace. El deber de un estadista es poner en tensión todos los nervios para librar á una nación de la guerra; pero una vez que se está en ella, también es deber suyo sostenerla con toda energía. Es el cuento viejo: guárdate de intervenir en una riña; pero si estás en ella, haz que tu enemigo se guarde de ti.

Por esa razón, los hombres pueden sostener eficazmente una guerra sólo cuando tienen la conciencia tranquila ó cuando no tienen conciencia alguna. Esto último es el caso de los alemanes. También yo odio la guerra, y esa es la razón por qué quiero que esta sea la última, y no lo será á menos que nosotros sostengamos eficazmente esta guerra. Una guerra, llevada de mala manera, significa una mala paz, y una mala paz es como si no se hiciera. Por esto he insistido en que hay que dirigir esta guerra con determinación. No sólo hay que ser resueltos, sino que hay que parecerlo.»

Con estas cálidas palabras responde Lloyd George á todos los incomprensivos del mundo que se han sorprendido ó indignado de que hayan puesto sus brazos ó su espíritu al servicio de la guerra muchos que la odiaban antes de su explosión. En realidad, siguen odiándola. Por odiarla, por comprender toda su monstruosidad, se han alzado contra los provocadores. Estos son los verdaderos pacifistas, los que han ido á la guerra pensando en la paz que la precedió, y deseando restaurarla sobre bases más sólidas.

Si ante un agresor todos los demás hombres fueran pacifistas, esto es, si pusieran su culto á la paz por encima de todo, por encima de todo derecho y de toda justicia, no servirían por eso á la paz, sino que su actitud pasiva contribuiría al triunfo de la guerra, á que el espíritu de violencia y conquista se

enseñorease libremente del mundo. ¿Qué diríamos del pacifismo de un hombre que ante el espectáculo de un energúmeno poseído del furor de golpear á niños, mujeres y ancianos, permaneciese impassible y, por añadidura, tomase aires de superioridad?

Esa clasificación en pacifistas y no pacifistas es uno de esos artificios verbales que sólo sirven para manifestar de ordinario la pobreza expresiva del espíritu humano, cuando no para cubrir una absoluta falta de sensibilidad. Todo es, en el fondo, cuestión de mayor ó menor sensibilidad. Los hombres, ante un hecho de violencia, pueden dividirse en dos grandes categorías, y sólo en dos, en sensibles é insensibles, que, á su vez, cabe subdividir en otras varias. Hay hombres insensibles activos, y son aquellos en quienes el instinto de dominio y destrucción puede más que el respeto al derecho y á la vida del prójimo; éstos son los guerreros de raza y los asesinos. Luego vienen los insensibles pasivos, que aceptan una injusticia por miedo á otra mayor; por ejemplo, el hombre que recibe una bofetada en silencio ó el pueblo que se deja invadir sin resistencia; esta forma de pasiva insensibilidad es la que los alemanes y sus secuaces esperaban de los belgas. Hay otra clase de insensibles pasivos, y son los que, ante una injusticia que no vaya contra ellos, se desentienden del conflicto; en este caso están muchos que alardean de neutrales y todos los que se vanaglorian de pacifistas, esto es, de hombres que no están con un bando ni

otro, sino por encima de los dos, como seres superiores situados más allá del bien y del mal. En el fondo no hay más que insensibilidad, egoísmo ó pereza para descubrir de qué lado está la injusticia, por lo menos, la menor injusticia.

La otra categoría, la de los sensibles, es menos rica en subdivisiones, aunque también pudieran establecerse algunas. Los hombres sensibles no sólo son los que no quieren cometer ningún acto de violencia, sino que la rechazarán violentamente cuando alguien la cometa con ellos, y protestarán enérgicamente, aun cuando la víctima sea otro. El hombre sensible, ante una injusticia, no puede ser neutral, indiferente, pacifista, ó como quiera calificarse la insensibilidad. Y si se dice que no siempre es fácil descubrir de qué parte está la justicia, habrá que responder que ningún hombre sensible escatimará esfuerzo por averiguarlo y por llegar á un convencimiento. Un juez no tiene derecho á suspender el fallo, so pretexto de que no puede descubrir de qué lado está la justicia. Y todo hombre es juez en todo conflicto entre hombres, y con más razón en todo conflicto entre pueblos.

Este somero examen psicológico explica esa terrible resolución del pueblo inglés de que hablaba Lloyd George en su discurso, y antes que él otros ministros. Inglaterra era el pueblo pacifista por excelencia; no quería guerra continental alguna, y puede decirse que el ciclo de sus guerras coloniales había

llegado ya á su término. Pero he aquí que Alemania la obliga á intervenir en una contienda que amenaza derrumbar una obra de siglos, consumada más por las artes de la paz que por el rigor de la guerra. El pacifismo británico se transforma en una fría é inexorable belicosidad, en la belicosidad del justo, que se yergue irritado ante una brutal injusticia; en la agresividad del bueno, que se levanta indignado para castigar una mala acción. Es el pacifismo herido en lo más íntimo de la sensibilidad. Esto lo sabe Alemania, y por eso se revuelve airada contra Inglaterra. Es el pacifismo hecho milicia para restablecer el Derecho y consolidar la paz. Los insensibles no comprenderán nunca este género de pacifismo.

14 de Mayo de 1916.

## LA PREFERENCIA ARANCELARIA

---

La gran incógnita del momento económico europeo es la política aduanera de Inglaterra después del conflicto. ¿Persistirá en mantener el régimen libre-cambista para la mayor parte de los productos importados? ¿Lo transformará en un sistema general de proteccionismo? Siendo Inglaterra uno de los países más consumidores del mundo, ningún Gobierno neutral que tenga ojos para el porvenir de su nación podrá pasar por alto ese gravísimo problema, eje de la economía postbélica de Europa. Conviene, pues, someterlo á un cálculo de probabilidades y anticiparse políticamente á sus soluciones y derivaciones, sin esperar á que los hechos vengán á despertarnos dolorosamente cuando ya no haya defensa posible contra ellos. Política es regir la futura realidad por la previsión, y no sólo debatirse desesperadamente entre sus mallas cuando uno está cogido entre ellas por modo inesperado.

Lo probable es que Inglaterra instaure un régimen general de proteccionismo. Hombres de temperamento empírico, poco dados á dogmas inmutables, los ingleses abandonarán el librecambio por todo el

tiempo que lo juzguen conveniente, si con ello creen contribuir al sostenimiento de su poderío y al abatimiento del de sus enemigos. Hay ya signos para suponer que lo creen así. Al cerrar sus puertas á la producción alemana, dificultarán el resurgimiento de Alemania.

A esto se dice que, pese á todos los rencores que deje tras sí la guerra, la Gran Bretaña no podrá prescindir de la producción alemana. Evidentemente, no podrá prescindir en absoluto. Pero la guerra les ha enseñado á los ingleses que encierra serios peligros para su economía una dependencia industrial tan grande como la que les ligaba á Alemania. Ahora tratan de crear cuantas industrias son indispensables para sus productos principales; por ejemplo: los tintes para los tejidos. Para defender estas nuevas industrias en su período de formación y afianzamiento, necesitará Inglaterra cerrar sus puertas á las similares de Alemania.

Pero Inglaterra no está sola; su nueva política arancelaria irá de acuerdo con la de sus aliados; este es el hecho que importa al mundo entero y no sólo á los beligerantes. ¿Por qué irá de acuerdo? Francia, Italia, Rusia, Bélgica, Portugal, Servia y las colonias británicas solicitarán, con plena justicia, que Inglaterra, en razón é interés de la alianza que las une, establezca para sus productos tarifas preferentes sobre los de Alemania. ¿No sería monstruoso, en efecto, que después de tanta sangre derramada en común y

de tanto oro gastado en un mismo fin, los fabricantes alemanes gozasen en Inglaterra de los mismos favores aduaneros que los fabricantes aliados? Hay aquí una razón moral—lo moral influye más de lo que suele creerse en lo económico—para que Inglaterra favorezca á sus compañeros de armas, bien manteniendo para ellos el librecambio ó bien estableciendo especiales tarifas de preferencia.

Acontece, además, que á Inglaterra le conviene económicamente proteger con el arancel á sus aliados. La reconstitución económica de estos países asegurará el equilibrio europeo, capacitándoles para hacer fracasar en el porvenir, como ahora, cualquier nuevo asalto, poco probable, aunque no imposible, del imperio alemán. Al mismo tiempo, un régimen de preferencia á la economía de los aliados facilitaría el pago de la enorme deuda que estos países han contraído con Inglaterra. Todas estas razones inducen á creer que la Gran Bretaña y sus aliados adoptarán un sistema de tarifas que los proteja mutuamente contra los imperios centrales.

¿Sólo contra los imperios centrales? La nueva alianza económica irá también dirigida contra los pueblos en paz. Fatalmente tiene que ser así. Si el régimen de preferencia arancelaria se hiciera extensivo á todos los países neutrales, perdería por ese mismo hecho toda efectividad. Pues entonces, los fabricantes alemanes no tendrían sino trasladar sus industrias, como ya lo habían hecho antes de la guerra, á algu-

nos de los países hoy neutrales para burlar el espíritu defensivo de los aliados. Por otra parte, la reconstitución económica de los aliados será más lenta y penosa, si no excluyen en el mayor grado posible, dentro del nuevo sistema, la competencia de los países neutrales.

Un sencillo ejemplo pondrá esto en claro. Actualmente recibe Inglaterra vinos de distintos países, sin preferencia para ninguno. Pero supóngase que se establece un arancel preferente para los vinos franceses, italianos, portugueses y australianos. ¿Qué ocurriría? Que los vinos españoles corrientes que hoy pueden competir en el mercado inglés con todos los demás, no podrían hacerlo con un arancel desventajoso. Otro tanto sucedería con los vinos finos frente á los portugueses: el Jerez y el Málaga se verían desterrados por el Oporto. ¿Nos resarciría Alemania de esta pérdida? De ningún modo, ni aun en el absurdo supuesto de que estableciera una preferencia para los vinos españoles, por ser un país donde el consumo de vino es insignificante á causa de la gran producción de cerveza.

Insistiendo en el caso particular de España, que es el único que por ahora nos preocupa, bien claro se ve que la considerable semejanza entre su producción y la de algunos países aliados—Francia, Italia, Portugal y algunas colonias inglesas, sobre todo—es un grave peligro para los productos españoles. Implantado un sistema de preferencia arancelaria para

todos los países aliados y sus colonias, los vinos españoles elaborados se encontrarían, repetimos, con la competencia de los franceses, italianos, portugueses y australianos en el mercado inglés; los no elaborados que en tiempo normal iban á Francia, encontrarían allí la competencia de los italianos; nuestras frutas hallarían la competencia de las italianas y de las que proceden de algunas colonias inglesas; algunos de nuestros minerales y metales tropezarían con la rivalidad de los franceses, italianos y belgas; nuestros aceites tendrían serios rivales en los italianos, y así indefinidamente. Esta competencia, difícil cuando las tarifas eran iguales para todos, sería imposible dentro de la red del arancel preferente. Si nuestros gobernantes no despiertan del terrible letargo, España será estrangulada económicamente. No existiría este peligro si la producción española hiciese en conjunto, por su naturaleza ó su calidad, imposible la competencia de algunos de los países aliados; en ese caso todos vendrían á España, fuese cual fuese nuestra actitud en la guerra. Pero siendo tan semejante, en general, á la de esos países, principalmente á la de los más próximos á España, no sería indispensable nuestra producción dentro del sistema de la preferencia aduanera, ó por lo menos sólo la necesitarían en un grado subalterno.

¿Hay medio de evitar esta estrangulación inminente? El problema es harto difícil. Cada país aliado defenderá su economía, dentro de la alianza, con todo

vigor frente á las intrusiones de los países neutrales. Pero habrá gradaciones. Entre una franca hostilidad á los imperios centrales y una preferencia máxima para los países de la alianza, puede haber grados diversos de preferencia para los países que no intervinieron, según el aspecto moral y material de su neutralidad. El hecho de que una nación no se haya aliado ni se alie militarmente á esos países no significará de necesidad que ha de ser excluída del nuevo sistema económico. Será excluída en absoluto, como si se tratase de un enemigo, si durante la guerra observó una política de neutralidad hostil ó en absoluto indiferente hacia los aliados. Pero si les prestó una ayuda pacífica, moral y material, lo más probable es que entre en el sistema con una preferencia arancelaria que, si no es idéntica á la de los demás países aliados, puede ser considerable; una preferencia que cabría llamar de segundo grado. ¿Quién duda, por ejemplo, que los Estados Unidos y otras Repúblicas americanas que se han puesto franca, aunque pacíficamente, de parte de los aliados, recibirán ventajas y distinciones en la alianza económica?

Y bien: ¿qué grado de preferencia merecerá España? Todo ha de depender de la actitud que haya observado y observe en lo sucesivo el Gobierno. No sabiendo cuál ha sido hasta ahora esa actitud—¡los secretos diplomáticos son impenetrables!—, y sabiendo menos cuál ha de ser en adelante, toda hipótesis ha de parecer aventurada. Pero varias cosas pueden

preguntarse: ¿ha previsto el Gobierno todas las posibilidades y probabilidades de este magno problema económico? ¿Está preparado para afrontarlo? ¿Ha meditado en la responsabilidad que contrae ante el porvenir con su conducta? ¿Ha explorado el ánimo de los Gobiernos extranjeros? ¿Ha dispuesto que una ó varias personas técnicas estudien y sigan en su desarrollo la próxima Conferencia de París y las que le sucedan? Ya que no se haya podido, por falta de hombres de iniciativa, engrandecer á España con la guerra, ¿se piensa, por lo menos, en evitar su ruina?

21 de Mayo de 1916.

## EXTENSION DE UNA REGLA

---

### EL COMERCIO CON EL ENEMIGO

Uno de los actos más severamente condenados por todo país en guerra es el comercio de sus ciudadanos con el enemigo. Dada la guerra, esta regla tiene la vigorosa evidencia de un axioma. Comerciar con el enemigo equivale á dar medios de lucha á su ejército y de sostenimiento á la población civil. Es un delito de traición, que puede pagarse con la ruina ó con la cárcel, y que en ocasiones se ha pagado con la cabeza. Todos los pueblos, desde tiempo inmemorial, han hecho suya esa regla.

Pero en la guerra presente está llamada á sufrir modificaciones y aplicaciones extraordinarias. Los Gobiernos han visto que no basta prohibir el comercio directo con el enemigo. Los múltiples y rápidos medios de transporte y la naturaleza internacionalista del capitalismo han dilatado y difumado las fronteras enemigas. El enemigo no está sólo dentro de su propio país, como franco defensor suyo, y en el ajeno país beligerante, como espía; en esta guerra,



los países neutrales son también uno de sus más fécondos campos de operaciones. Desde ellos ayudan, muy legítimamente, á su nación, utilizándolos como vías de comercio en unos casos, y de información en otros. Esto explica los rigores de la censura de todos los beligerantes y, en general, su desconfianza hacia los países neutrales. Reciente está, por ejemplo, el proceso seguido en Suiza contra dos coroneles de esta República por supuestos servicios de espionaje en favor de Alemania. No se pudo probar en toda su plenitud el cargo; pero sí quedó demostrado que ambos coroneles comunicaban á los agregados militares de Alemania y Austria en Berna un «Boletín» confidencial que para su uso publica el Estado Mayor suizo.

Casi simultáneamente con este proceso, pronunciaba Liebknecht en la Dieta prusiana un discurso sensacional, como lo son la mayor parte de los suyos. Pedía estadísticas de las personas perseguidas por traficar con el enemigo á través de los neutrales. Por de pronto, sabía que un miembro del Senado de Luebeck llevaba largo tiempo en la cárcel por haber puesto á disposición de una Empresa rusa minas de cobre que poseía en Suecia. Esta urgencia de Liebknecht en pedir nombres implicaba probablemente la sospecha de que no todos los culpables habían recibido el justo castigo. «Pido—decía—estadísticas de cuantas gentes hay acusadas de tales crímenes. Hay soldados alemanes muertos por cañones que han suministrado los Krupp.»

Este rumor de que los enemigos de Alemania habían recibido durante la guerra cañones suministrados por Krupp me pareció, cuando lo oí hace algún tiempo, una de esas fantásticas creaciones en que tan fértil ha sido esta guerra. Parecía inconcebible que fuera á ser lanzado en una Cámara prusiana por uno de sus miembros, con esa energía de quien está seguro de que es verdad lo que dice. Por mi parte, tengo gran fe en la palabra de Liebknecht. Otras revelaciones en el Reichstag, antes de la guerra, también contra Krupp, demostraron que es hombre bien enterado y poco expuesto á cometer una ligereza.

Este caso, de comprobarse, confirma la razón de un beligerante en vigilar severamente el comercio con el enemigo. Sería una ironía sangrienta que los cañones Krupp contribuyesen á abatir el poderío militar de Alemania. Ciertamente, los Krupp han suministrado cañones al mundo entero, á amigos y desconocidos, á aliados y adversarios, en tiempos de paz; pero no podía suponerse que mantuvieran durante la guerra este espíritu de equidad distributiva. Claro es que acaso algunos comerciantes neutrales hayan sorprendido su buena fe, aunque no parece verosímil tratándose de industriales tan bien informados de todo lo que acontece en el mundo.

Pero admitamos su buena fe y la de todos los ciudadanos de un país en guerra que trafican con el enemigo por medio de casas de comercio situadas en países neutrales. ¿A quién sorprendería que el Go-

bierno alemán se acercara á Krupp y á todos los industriales y comerciantes de Alemania y les prohibiera negociar con casas suizas, que envían suministros á Francia é Italia, y con casas escandinavas y holandesas que proveen á Inglaterra? En rigor, esa prohibición existe ya en Alemania. El mismo Liebknecht, en su discurso, recordaba un aviso oficial que se había hecho circular amonestando á los que mantenían tráfico con el enemigo á través de los países neutrales. Y la prisión de ese senador de Luebeck por haber entregado sus minas de Suecia á los rusos, seguramente por mediación de algún neutral, prueba que, en realidad, se trata de algo más que una simple amonestación.

Pues esto, que es una lógica extensión de la regla de prohibir el comercio con el enemigo, ha enfurecido á algunos celosos españoles al ver que recientemente lo ha puesto en práctica Inglaterra. No hay que decir que en tales españoles prepondera el espíritu abogadesco sobre el de comprensión y equidad. Naturalmente, es de sentir que estas casas con las cuales se ha prohibido á los negociantes ingleses todo comercio—en su mayoría casas alemanas, no españolas, á pesar del disfraz—, sufran quebranto. Aunque sus raíces sean germánicas, parte por lo menos de sus frutos se queda en España, y en este sentido la economía española sale perjudicada. Esto ha de lamentarlo todo español. Pero una cosa es dolerse de ello como de una fatalidad y otra presentarlo

como una deliberada y evitable injusticia para combatir á un país que no es grato. ¿Combatirían igualmente á Alemania si, pudiendo exportar, prohibiese todo comercio con casas inglesas y francesas establecidas en España? ¿Les parecería mal que, en caso de guerra, España extendiera en esta forma la regla de prohibir el comercio con el enemigo? El espíritu abogacil no acierta nunca á comprender la razón del adversario. Lo que le parece mal en el adversario, le parecerá luego bien si lo hacen él y sus amigos.

Por nuestra parte, lamentamos que las resoluciones de un beligerante, llámese Inglaterra, Francia, Italia, Alemania ó Austria, dañen á la economía de España; pero como hombres tratamos de comprender la situación de todos los bandos. Y en este caso concreto, lo mismo que hallamos justificada explicación á la última medida de Inglaterra, la hallaríamos también si la tomase Alemania con las casas enemigas suyas establecidas en España. Y no se nos ocurriría combatirla por eso.

Hay un detalle cómico en la lista de las casas prohibidas. Y es que entre ellas figuran algunos periódicos de Madrid que han sido los primeros en ufanarse de la importancia que les concede el supuesto de que su lectura podría ser peligrosa en Inglaterra. Lo cómico no es que Inglaterra tema que esas gacetas españolas vayan á envenenar el espíritu de sus ciudadanos ó á abrirles los ojos; lo cómico es la creencia en este supuesto.